



La fábula de la fresa que sabía a limón

Descripción

Esta es una fábula crítica sobre cómo los mercados, el precio y la costumbre terminan convirtiendo la mediocridad en normalidad.

Se trata de un cuento simbólico sobre calidad, memoria y la peligrosa facilidad con la que dejamos de recordar cómo sabían realmente las fresas.

Introducción

Dicen que todos los mercados se parecen cuando uno los mira desde lejos. Un murmullo constante, manos que intercambian cosas, promesas que pasan de boca en boca como si fueran moneda. Pero si uno se queda el tiempo suficiente, si decide no pasar de largo y detenerse en los detalles que nadie mira, empieza a entender que no todos venden lo mismo, aunque todos digan lo mismo.

Este mercado, en concreto, tenía algo difícil de explicar. No estaba en ningún mapa, pero cualquiera que lo recorriera sentía una familiaridad incómoda, como si ya hubiera estado allí antes. Tal vez porque no pertenecía a un lugar, sino a una forma de hacer las cosas.

Las calles eran de tierra, y cuando llovía se volvían barro. Los puestos estaban hechos de madera envejecida, algunos firmes, otros sostenidos por la costumbre más que por la estructura. Había gritos, risas, discusiones, acuerdos cerrados con un apretón de manos y otros que se rompían antes de llegar a casa.

El aire olía a fruta, a pan, a metal y a prisa. Sobre todo, a prisa.

La gente que acudía al mercado repetía, casi como un ritual, las mismas palabras. Querían cosas buenas, cosas bonitas, cosas que merecieran la pena.

Lo decían con convicción, con una seguridad que no dejaba espacio a la duda. Y si uno escuchaba solo esas palabras, habría pensado que aquel lugar estaba condenado a la excelencia.

Pero los mercados no se construyen con palabras, se construyen con decisiones. Y las decisiones, a diferencia de las palabras, dejan huella.

El hombre que escuchaba a las fresas



En una esquina apartada, donde el ruido llegaba desgastado por la distancia, había un pequeño puesto que parecía resistirse a la lógica del lugar. No tenía colores llamativos ni carteles que prometieran más de lo que podían cumplir. No intentaba destacar. No lo necesitaba.

Allí trabajaba Tomás.

Nadie sabía muy bien de dónde había salido. Algunos decían que siempre había estado allí y otros aseguraban que había llegado mucho antes de que el mercado empezara a parecerse a lo que era ahora. Nadie lo sabía con certeza y a nadie parecía importarle demasiado.

Lo que sí sabían es que hacía algo extraño. No vendía fruta, la cuidaba.

Tomás elegía cada pieza con una atención que rozaba lo obsesivo. Las giraba entre sus dedos, observaba la piel, el color, la textura. Y luego, en ocasiones, las probaba. Cerraba los ojos al hacerlo, como si estuviera intentando escuchar algo más allá del sabor.

Quienes lo veían, no lo entendían.

– Pierde tiempo —decían algunos.

– Se complica la vida —decían otros.

Pero los pocos que compraban en su puesto, los que se detenían el tiempo suficiente como para ignorar el bullicio del resto del mercado, notaban algo distinto.

No era solo el sabor. Era otra cosa. Un instante. Una pausa. Como si, durante un segundo, todo lo demás dejara de importar.

La llegada de las fresas perfectas

El cambio llegó sin aviso.

Un día, como llegan casi todas las cosas importantes, alguien apareció sin hacer ruido. Era un viajero. No hablaba demasiado, pero tampoco lo necesitaba, pues había aprendido algo más eficaz que las palabras.

Contaba con puesto grande, limpio, con carteles brillantes y palabras que sonaban bien: “calidad”, “natural”, “igual que las mejores”.

Traía fresas, carretas llenas de cajas perfectamente alineadas. Todo en su puesto estaba diseñado para generar confianza. No había desorden, no había improvisación. Cada detalle estaba donde debía estar.

Rojas hasta el extremo. Brillantes como si acabaran de ser pulidas. Todas del mismo tamaño, de la misma forma, como si hubieran sido creadas a partir de una idea, no de la tierra. Y eran baratas. Mucho más baratas que las de Tomás.

La gente se acercaba, dudaba un segundo, ese segundo en el que uno intuye que algo no encaja, y luego sonreía. Porque al final, parecían lo mismo.

El viajero no gritaba. Simplemente decía lo necesario.

—Son como las mejores.

No decía que fueran las mejores, decía que eran como las mejores. La diferencia era sutil, pero suficiente.

—¿Cuánto? —preguntaban.

El comerciante decía el precio y toda duda desaparecía, todo lo demás dejaba de importar.

Y las cajas volaban.



La primera mordida de las fresas que no sabían a fresa

Las primeras personas que compraron aquellas fresas sintieron algo que no supieron explicar. No era desconfianza, era una especie de incomodidad breve, casi imperceptible. Ese momento en el que uno intuye que hay algo que no encaja del todo, pero decide no profundizar, porque profundizar cuesta.

Las fresas eran bonitas. Cumplían en apariencia. Servían para la foto, para el postre, para no complicarse la vida.

Pero al morderlas...

Sabían raro. No mal del todo. No lo suficiente como para devolverlas. Pero no sabían a fresa. Tenían un deje ácido, un regusto extraño.

Algunos lo notaban. Otros lo ignoraban.

—Bueno —decían— por lo que cuestan...

El precio no dejaba espacio a la reflexión.

Sus dudas se convertían en un detalle irrelevante, en algo que no merecía atención, algo que podía ignorarse sin consecuencias aparentes.

Y así, uno tras otro, fueron decidiendo no mirar y seguían comprando.

El sabor a fresa se convirtió en un recuerdo



Al llegar a casa, la escena se repetía.

Las fresas se colocaban en la mesa, brillantes, perfectas. Cumplían con todo lo que se esperaba de ellas... en apariencia.

El primer bocado siempre era igual. Una expectativa. Un recuerdo anticipado. Y luego, algo fallaba.

No de forma evidente. No lo suficiente como para rechazarlo. Pero tampoco era lo que debía ser.

Aquel sabor que no pertenecía del todo a la fresa. Era un eco que recordaba a otra cosa. Algo que no encajaba, pero que tampoco molestaba lo suficiente como para detenerse.

Y entonces aparecía de nuevo la justificación.

— Bueno, por lo que cuestan...

La frase funcionaba de manera perfecta. Convertía la decepción en lógica. La duda en insignificancia. La diferencia en algo irrelevante. Y así, sin darse cuenta, el estándar de sabor empezaba a cambiar.

Las fresas eran demasiado caras

Mientras tanto, el puesto de Tomás seguía igual. No había cambiado nada.

Las mismas manos, la misma paciencia y el mismo respeto por lo que hacía, pero la mirada de la gente sí había cambiado.

Ahora, cuando alguien se acercaba, ya no veía primero la fruta, veía el precio. Y el precio actuaba como un filtro. Un filtro que no eliminaba la calidad, pero la volvía secundaria.

— Son mejores... —decían algunos.

Y en esa pausa ya estaba la decisión tomada. Porque la calidad, cuando deja de ser lo primero, se convierte en un lujo. Y los lujos, en un mercado que vive de prisa, son difíciles de sostener.

Tomás empezó a hacer números.

Podía bajar precios, pero eso implicaba comprar peor género, podía comprar lo mismo que el otro, pero entonces dejaría de ser él, podía aguantar un tiempo, pero no sabía cuánto más.

Así que hizo lo que hacen muchos cuando el mercado deja de pagar lo que valen las cosas. Resistió. Resistió tanto como pudo.

El puesto de fresas que sobraba

Una tarde, una mujer se detuvo frente al puesto de Tomás.

Había comprado allí durante años. No necesitaba probar la fruta para saber lo que estaba comprando. Lo sabía.

Miró las fresas. Luego miró hacia el otro lado del mercado. Finalmente, suspiró.

— Las tuyas saben a fresa —dijo.

No había ironía, no había reproche, solo una constatación.

Después prosiguió con resignación.

— Pero con lo que cuestan tus fresas, puedo comprar muchas más de las otras.

No dijo que fueran mejores, tampoco que fueran iguales. Sólo dijo que podía comprar más. Y en ese “más” se encerraba todo.

Tomás no respondió, porque no había nada que discutir.



El mercado que se adapta a las nuevas fresas

Los cambios importantes rara vez hacen ruido. No llegan con anuncios ni con decisiones explícitas. Se filtran, se adaptan y se normalizan.

Poco a poco, otros comerciantes empezaron a observar y aprendieron la lección.

Dejaron de esforzarse tanto, ajustaron calidades e imitaron al nuevo. No de golpe. Un pequeño recorte aquí, una concesión allá.

— Total, tampoco se nota tanto.

Y así, sin que nadie lo decidiera de forma consciente, el mercado empezó a transformarse.

El mercado se llenó de fresas perfectas que sabían a algo parecido a fresa, pero no del todo. El sabor dejó de ser el centro. Lo importante pasó a ser otra cosa. Que fueran rojas, bonitas y baratas. Que fueran suficientes.

Y como todo el mundo vendía lo mismo, el precio bajó aún más.

La gente ya no comparaba calidad, comparaba ofertas.

El lenguaje cambió. Ya no se hablaba de sabor, se hablaba de “lo que compensa”.

El niño que no conocía el sabor de las fresas



Pasaron los meses. Un día, un niño se detuvo frente a un puesto. Cogió una fresa, la observó con curiosidad, la mordió y se quedó pensando.

— ¿Así saben las fresas?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Su madre lo miró dubitativa. Durante un instante, pareció buscar algo en su memoria. Algo que ya no estaba claro. Y entonces

respondió.

— Sí, claro, así saben las fresas.

En algún momento, había dejado de estar segura de que no fuera así, no porque lo mejor hubiera desaparecido, sino porque había dejado de comprarse.

Los limones que sabían a fresa

Una mañana, el puesto de Tomás no estaba. No hubo despedidas, ni explicaciones, solo un vacío. Un espacio que, al principio, parecía extraño, pero que pronto dejó de serlo.

No hubo drama. No hubo protestas. Solo un hueco más en el mercado.

Otro comerciante ocupó el lugar. Vendía fresas. Rojas, bonitas y baratas. Como todas las demás.

Y el mercado siguió funcionando.

Y con el paso del tiempo todo se volvió más normal y nadie hablaba ya del sabor. No porque hubiera dejado de importar, sino porque había dejado de recordarse.

Las conversaciones giraban en torno a otras cosas. Ofertas, cantidades, ahorro, oportunidades.

Las fresas seguían siendo rojas, seguían siendo bonitas y seguían siendo baratas.

Y entonces los limones pasaron a saber cómo las fresas y para todos se volvió normal que las fresas fueran agrias y ácidas.

Nadie lo anunció, nadie lo decidió, simplemente ocurrió.

Cuando algo ocurre así, sin resistencia, sin memoria, sin comparación, deja de parecer un cambio y se convierte en la forma en que siempre han sido las cosas.



Epílogo

Dicen que, mucho tiempo después, alguien habló de un lugar pequeño, lejos del mercado.

Un sitio donde la fruta no se comparaba. Donde el precio no era lo primero. Donde, al morder una fresa, algo se rompía por dentro. No por dolor, sino por reconocimiento.

Como si, de repente, uno recordara algo que había olvidado hace tiempo. Algo que siempre había sabido.

Y entonces entendiera que el problema nunca fue el sabor, ni el mercado, ni siquiera las decisiones, sino todas las veces que había sentido la diferencia y había decidido que no importaba.



Conclusiones

Esta fábula no va de fresas, va de lo que ocurre cuando un mercado deja de premiar la calidad porque el precio es más fácil de entender, de comparar y de justificar.

Va de clientes que saben distinguir lo bueno, pero deciden que no compensa.

Va de profesionales que intentan hacer las cosas bien, hasta que descubren que hacerlo bien no paga.

Y va de sistemas donde la mediocridad no se impone por accidente, sino por pura coherencia económica.

Cuando lo barato parece suficiente, lo excelente se vuelve innecesario. Y cuando lo excelente se vuelve innecesario, desaparece. No de golpe, sino poco a poco, sin ruido.